

BARASH, D. P.
Sociobiology and Behavior.
Elsevier, 1977

Prologado por el propio E. O. Wilson, el libro de David Barash se nos presenta como un esfuerzo por divulgar las líneas fundamentales del pensamiento sociobiológico cuyo acceso inmediato quizá quedase reservado a quienes tengan el coraje de leerse la «biblia» wilsoniana. Hay que reconocer que el ritmo que Barash imprime a su exposición, la amenidad que la aligera y la excelente presentación del texto (con una calidad fotográfica superior), constituyen un reclamo muy seductor.

Barash, siguiendo las huellas de Wilson, se cree obligado en el capítulo introductorio a tomar sus distancias respecto de la etología. Una vez más, el lanzamiento de un nuevo ingenio nos lleva a ese juego de ensalzar sus ventajas operacionales frente a todas las de sus predecesores. Claro está que los etólogos no estarán de acuerdo con los propósitos de Barash por más que hayan sido vertidos en un lenguaje menos irritante que el de su jefe de fila. En esencia, Barash dice que hay que revigorar la influencia del enfoque evolucionista en las ciencias sociales, cosa que nos parece correcta, aunque no sepamos del todo qué pecado ha cometido la etología (cuyo núcleo es auténticamente darwiniano) que necesite ser redimido por la sociobiología.

Siguen luego dos capítulos dedicados a la evolución darwiniana que nos preparan el terreno para recibir las hipótesis sociobiológicas. Es, concretamente, teniendo éstas a la vista, que Barash escribe, por ejemplo, en la página 47: «Si la correlación entre genes y comportamiento parece enigmática a pesar de la *abrumadora evidencia*, considéresela desde un punto de vista *puramente mecánico*: el ADN que integra los genes especifica la producción de proteínas que configuran las diversas estructuras orgánicas (huesos, músculos, glándulas, nervios...). El comportamiento *surge indiscu-*

tiblemente como consecuencia de la actividad de las células nerviosas que podemos presumir son susceptibles de ser especificadas por el ADN, como las restantes células del organismo. Por lo tanto, en la medida en que los genes especifican la organización nerviosa, hay razón para aceptar el papel de los genes en la producción del comportamiento, así como aceptamos su papel para producir la estructura» (subrayados añadidos). Este pequeño fragmento es antológico. Aquí se ve cómo sin decir nada que sea estrictamente falso ni tampoco ningún principio novedoso, se pueden traer perfectamente las aguas al propio molino. La única «evidencia aplastante» es la de un principio muy general que no permite, tratándose sobre todo de las especies superiores, inferir el grado de correlación entre ciertos genes y tal comportamiento. Que «el comportamiento surja indiscutiblemente como consecuencia de las células nerviosas» no quiere decir que surja *exclusivamente*: el comportamiento surge a incitación del medio, se construye en transacción con el mismo; «los genes especifican el plan general de la organización nerviosa y también el de las células óseas» pero deducir de aquí el que los genes especifican el comportamiento es, según se interprete, no decir nada o decir demasiado: si el comportamiento es un mero funcionamiento y además instintivo, aún; si el comportamiento no es sólo funcionamiento sino también función y además teleonómico, la cosa cambia. Y así podemos seguir deshilachando el tema.

Análogos comentarios salen al paso a propósito de lo que se dice en la página 51. «Hay que insistir aquí y recordar a lo largo de todos los análisis evolucionistas del comportamiento que no necesitamos hacer ninguna hipótesis acerca de los estados de motivación interna de los individuos a los que se los aplicamos. Por tanto, expresiones tales como “se preocupa de”, “tiene interés en”, “le es más ventajoso” o “quiere” son formas de hablar que *no* suponen ni conocimiento ni voluntad (...). Los organismos han sido indudablemente seleccionados para actuar *como si* tuviesen idea acerca de cómo optimizar su ajuste (*fitness*) pero no es necesario hacer presupuestos de lo que les pasa por la cabeza. Es de esperar que actúen de la manera más apropiada; no se requiere que conozcan por qué.» Esto, que pudiera ser correcto para los invertebrados y vertebrados inferiores, es falso tratándose de animales superiores y del hombre. Suponemos que Barash ha escrito este libro con algún objetivo dentro de la cabeza y podemos suponer que él lo sabe... Sí, pero mientras en este escenario de la evolución no consideremos —lo que, por lo menos, es tan evidente como la intencionalidad de su pluma— que hay aspectos no materiales (como la intencionalidad, la previsión de objetivos) que pueden ser tan fruto de la evolución como la capacidad de aprendizaje o las glándulas endocrinas, estamos aplicando sesgadamente el paradigma y ésta es una crítica elemental

que se aplica a los prejuicios mecanicistas o materialistas de quienes desde la bioquímica o la anatomía pretenden explicar todo el comportamiento. El capítulo 3 se corona con el teorema central de la sociobiología que ha sido objeto de comentario en la introducción general de este número de «Papers».

Los capítulos 4 a 9 inclusive, abordan sucesivamente los grandes temas etológicos (pero que ahora son sociobiológicos) del altruismo, de la sociabilidad, de la elección del compañero sexual, de las estrategias parentales, de la agresión, de la dominación y de la territorialidad. La exposición conserva su carácter ameno y en todo momento el autor subraya la adaptatividad de las conductas que trae a colación. En otras palabras, la exposición sociobiológica de Barash es un esfuerzo consciente de acumulación e interpretación de datos en función del teorema central de la sociobiología. En general, el autor se limita a «ilustrar» los temas con casos y situaciones extraídas del reino animal. Y no cabe duda que su ángulo de mira es convincente. La insistencia sociobiológica en potenciar la explicación por las «causas últimas» es aceptable y muy positiva siempre que no haga olvidar que el juego de causa es complejo y que, como subrayan los etólogos, convergen de diversas líneas.

Y en nuestro recorrido llegamos al último capítulo: «The sociobiology of human behavior: extrapolations and speculations». Barash se muestra aquí más cauto y mucho más sutil que Wilson en su correspondiente capítulo sobre el hombre. En lugar de atacar el problema de la extrapolación con aires filosóficos, Barash lo hace trasponiendo simplemente situaciones que han ido aflorando en los capítulos precedentes. *Mutatis mutandis*, al estilo de un Esopo. Previamente, nada más comenzar, adopta un tono do-lido haciendo alardes de moderación (¿ritual de apaciguamiento a lectores mal dispuestos?). Se defiende vigorosamente de las imputaciones de racismo y machismo que han caído sobre la sociobiología. En seguida entra en materia sentando unos cuantos principios elementales que es oportuno citar en su descargo: «Si en los animales inferiores descubrimos una forma de comportamiento que se parece a otra humana, puede ocurrir que entre nosotros sea casi enteramente una consecuencia del aprendizaje y tradición sociales. En este caso se trata de una analogía; para que sea homología debería derivarse por la acción de genes similares» (p. 281). «Lo cultural puede remedar lo biológico y viceversa; puede que sea difícil establecer la relevancia de la selección natural en tales casos (...). Puesto que no hay modo de eliminar la cultura como variable espúrea lo mejor que podemos hacer es examinar el comportamiento de una amplia gama de sociedades (...). Si existen pautas comunes a pesar de la diversidad cultural, ello puede que refleje tendencias biológicas subyacentes que son compatibles

con la selección natural, aunque ello no es una prueba de que ésta haya actuado allí» (p. 282).

Pero, dicho esto, Barash se lanza un tanto entusiásticamente a un recuento de rasgos humanos cuyos análogos ha ido espigando aquí y allá en las diversas especies animales. La elección de un marido fuerte y rico y de mayor edad, por parte de la mujer; la situación y reacciones de los maridos burlados; la decisión de abortar o de no tener más hijos; las diferencias entre varones y mujeres a la hora de la ruptura de vínculos familiares; el conflicto de intereses entre padres e hijos, etc., etc. El que algunos de estos rasgos tengan un núcleo biológico en el sentido de que no somos una *tábula rasa* sino que hemos incorporado filogenéticamente ciertas predisposiciones, no es nada en sí espantable. Lo cultural y lo biológico han coevolucionado y hay pocas elaboraciones de la cultura que no tengan un núcleo de naturaleza biológica: la cocina, sin ir más lejos. Esto, repetimos, es una trivialidad. Lo que ya nos parece más sutil es situar, sin discriminación, toda una serie de manifestaciones del comportamiento social humano en línea con otras tantas correspondientes seleccionadas en el reino animal. Recuerdo haber leído que la célebre antropóloga Margaret Mead había dicho en cierta ocasión que, para cualquier comportamiento humano que imaginásemos, siempre podríamos encontrar uno análogo, aquí o allá, en el reino animal. Y el que lo citaba añadía a guisa de corolario: «Por más general que sea un rasgo de comportamiento entre las especies animales (incluida la humana), siempre se puede encontrar un grupo humano que constituya una excepción.» Creo que esta moraleja ha de servir de cautela a todos aquellos que con sus apólogos y parábolas se empeñan en que nos miremos en el espejo de la conducta animal.